

MOVIMIENTO CHAMPAGNAT DE LA FAMILIA MARISTA – I

Cuadro de fondo



Introducción

El Movimiento Champagnat de la Familia Marista es ya una realidad en nuestro Instituto. Así venía expresado en las Constituciones de 1985: *“La Familia Marista, prolongación de nuestro Instituto, es un movimiento formado por personas que se sienten atraídas por la espiritualidad de Marcelino Champagnat. Los miembros de este movimiento, afiliados, jóvenes, padres, colaboradores, antiguos alumnos, amigos, asimilan el espíritu del Fundador para poder vivirlo e irradiarlo. El Instituto anima y coordina, mediante estructuras apropiadas, las actividades del movimiento”* (164.4).

En esta primera ficha de la trilogía sobre el Movimiento Champagnat, el Hno. Charles Howard ofrece una hermosa introducción del sentido del Movimiento, del espíritu y la vida que lo motiva. Profundizar en esta introducción nos puede ayudar a entender y vivir mejor las implicaciones de este compromiso laical de vida marista.

Objetivo

Revisar nuestro criterios, nuestras actitudes y nuestros estilos en relación a nuestra experiencia dentro del Movimiento Champagnat de la Familia Marista

EL MOVIMIENTO CHAMPAGNAT DE LA FAMILIA MARISTA

Hno. Charles Howard

CUADRO DE FONDO

Espero que las secciones precedentes nos hayan preparado para situar mejor el *Movimiento Champagnat* dentro de las coordenadas en que se ha movido la Iglesia y el mundo en los últimos años. Durante este período los efectos de la modernidad y la secularización han causado un fuerte impacto en la vida de los hombres. Ha surgido una nueva conciencia, estamos ante nuevas circunstancias, y se manifiesta urgente la tarea de una nueva evangelización en la que los seglares tienen que asumir la gran parte. En este tiempo posconciliar, la Iglesia ha comenzado a redescubrir su dimensión laical y ha afirmado la dignidad, igualdad y responsabilidad, la santidad y la misión de los seglares. Simultáneamente, ha aparecido entre algunos laicos una verdadera sed de espiritualidad más honda, un sentido de comunión más profundo y participativo en la misión. La necesidad de formación y acompañamiento se ha hecho evidente a todos. En tales circunstancias nosotros hemos experimentado la necesidad imperiosa de revisar nuestros criterios, nuestras actitudes y nuestros estilos en relación con lo que hemos llegado a conocer, dentro del Instituto, como Familia Marista.



Curiosamente, no está nada claro dónde y cómo empezó a utilizarse la palabra «Familia», referida a grupos de seglares: se ha atribuido a los hermanos españoles, y también a los hermanos de Australia. Hay otro dato interesante: la placa que se puso para conmemorar la inauguración de un pabellón nuevo, el año 1967, en el internado St-Joseph de St-Didier, Francia, alude memorialmente a esa fecha como coincidente con el 150 aniversario de «la Gran Familia Marista».

En 1955, el Consejo general aprobaba la formación de la Unión Mundial Marista de Federaciones de Asociaciones de Antiguos Alumnos. En 1977, con más de veinte años de experiencia a sus espaldas, la Unión comenzaba los preparativos para su 8º. Congreso Mundial. La Federación australiana, anfitriona de la gran asamblea, llevó a cabo un sondeo entre los diferentes países para registrar opiniones en torno a la naturaleza y estructura de la «Familia Marista» y sobre el futuro de los congresos mundiales de estas organizaciones de antiguos alumnos. Para esa época ya se estaban oyendo algunas críticas a propósito de la efectividad de la Unión Mundial. Bien, pues la encuesta revelaba una pluralidad de ideas sobre la naturaleza y la estructura de la Familia Marista, pero subrayaba vigorosamente la idea de una Familia Marista extendida, que incluyera a hermanos, seglares, antiguos alumnos, padres de los alumnos, padres y amigos de los hermanos, personal auxiliar, secretarías, bibliotecarios, mujeres de servicio en las residencias... Por debajo de todas las respuestas de opinión corría un sentimiento de aprobación y simpatía para con las pequeñas agrupaciones locales de la Familia Marista, y sin embargo faltaba ese apoyo para las organizaciones a gran escala: mundiales, continentales, o incluso nacionales. En años posteriores, las Federaciones se mostraron remisas a comprometerse en Congresos de la Unión: suponían demasiado ajetreo, eran costosos, y tenían un impacto mínimo, quitando a los pocos que participaban en ellos. En consecuencia se optó por suspender las actividades de la Unión Mundial temporalmente, para darse un tiempo de reflexión sobre el futuro. El Consejo general del Instituto estaba al tanto de estos avatares, y mostró completo acuerdo.

En los años 70, nuestra ideas y nuestros pensamientos sobre los grupos de Familia Marista no rondaban tanto en torno a la apreciación teológica del cometido del laicado, sino que se basaban más bien en el movimiento concreto que se desarrollaba dentro de ellos. Por ejemplo, había grupos de padres y

profesores que se inclinaban por unirse a los hermanos en la oración, otros en cambio preferían unos días de retiro. Algunos profesores seculares deseaban conocer mejor la filosofía marista de la educación, según la visión del fundador y la espiritualidad de los hermanos. Había quienes eran más explícitos en su relación y en la naturaleza de su comunión con ellos.

El Capítulo general de 1967, primero celebrado después del Concilio, emprendió una formidable revisión de la vida y la obra marista y su redefinición quedó plasmada en unas nuevas Constituciones, un Directorio y una serie de excelentes documentos. El que trataba del Apostolado abordaba la cuestión de los antiguos alumnos y los movimientos apostólicos, y llamaba a un diálogo continuo y cercano con los cristianos que viven en medio del mundo. En el Capítulo de 1976, un cierto número de los hermanos allí reunidos quería suscitar un estudio dedicado específicamente a la Familia Marista, a la vista de las nuevas dimensiones que estaban apareciendo y las posibilidades que podrían derivarse para la Iglesia y el Instituto. Sin embargo, el Capítulo no lo incluyó finalmente: el tratamiento de otras cuestiones que se consideraron más urgentes no dejó tiempo para ello. Uno podría pensar que faltó visión de futuro. Otros quizá estimarían que el tema necesitaba más tiempo para madurar.



El Capítulo de 1985 volvió a recoger estas aspiraciones. Era un Capítulo particularmente relevante — como el de 1967— porque tenía como responsabilidad especial la elaboración de nuevas Constituciones y Estatutos. Fue un trabajo importante, que estuvo acentuado por la profundización en nuestro carisma. Esa profundización impregnó todas las reflexiones capitulares en torno a nuestra vida y a nuestro espíritu, incluyendo el carácter apostólico. Con respecto a la Familia Marista, de aquella asamblea emanó esta definición:

«La Familia Marista, prolongación de nuestro Instituto, es un movimiento formado por personas que se sienten atraídas por la espiritualidad de Marcelino Champagnat. Los miembros de este movimiento —afiliados, jóvenes, padres, colaboradores, antiguos alumnos, amigos— asimilan el espíritu del Fundador para poder vivirlo e irradiarlo. El Instituto anima y coordina, mediante estructuras apropiadas, las actividades del movimiento» (Estatutos, 164. 4).

Siguiendo directrices del Capítulo de 1985, una comisión del Consejo general efectuó un estudio preliminar del proyecto que finalmente recibiría el nombre de *Movimiento Champagnat de la Familia Marista*. Una vez concluido el trabajo, el Consejo solicitó a varios hermanos de diferentes partes del mundo que se sumaran a los tres Consejeros generales para formar una comisión internacional que llevase el proyecto adelante, trazando las líneas conducentes a la puesta en marcha y consolidación de nuestros grupos de seculares. Dicha Comisión se reunió varias veces a lo largo de tres años y realizó una labor de consulta en las provincias, tanto con hermanos como con seculares. Se distribuyó un primer borrador del documento para estudio y comentario. Luego vendrían otros dos, que incorporaban valiosas sugerencias recibidas.

Finalmente, ofrecíamos el documento definitivo, en cuyo prólogo —fechado a 16 de julio de 1990— lo presentaba yo personalmente como un abierto *Proyecto de Vida*. Hemos optado por un texto relativamente simplificado que contiene puntos esenciales, pero que deja —a la vez— que los miembros vayan construyendo los principios a la luz de su experiencia y de su marco local. Se trata de animar a los grupos a que decidan sobre la organización que quieran darse y que mejor se adapte a sus circunstancias. Todos tenemos que aprender mucho todavía, y ese conocimiento nos vendrá a medida que se vaya teniendo una profunda vivencia de los dones y de las necesidades.

LA EXPERIENCIA DE OTROS INSTITUTOS

Apreciamos en lo que vale el hecho de que otros institutos tengan su propia experiencia en la formación y animación de grupos de seglares estrechamente asociados a ellos. Enseguida nos viene a la mente el ejemplo de las Terceras Órdenes, vinculadas a congregaciones antiguas como los franciscanos y los carmelitas. Tales grupos llevan una historia de siglos, y suman en la actualidad alrededor del millón de miembros. En la mayoría de los casos, han funcionado con estructuras específicas y uniformadoras, hasta incluso con una regla de vida diaria. Es interesante reseñar que alguna de esas asociaciones ha tenido que afrontar procesos de renovación que recuerdan mucho a la adaptación y al cambio que hemos conocido nosotros mismos como congregación, con las crisis y dificultades personales añadidas que acompañan a tales coyunturas.

Algunas veces las Terceras Órdenes han experimentado poca disposición a despojarse de los esquemas tradicionales, y, a causa de ello, han sufrido un cierto grado de esclerosis. No resulta sorprendente que los miembros de grupos cuya identidad durante siglos ha estado referida al cultivo de una vida interior personalizada, sientan ahora una especie de tensión cuando se les llama a desarrollar otras dimensiones activas y sociales. Un sacerdote que ejerce de asesor en una de estas terceras órdenes, decía recientemente que los grupos encomendados a su labor tenían grandes dificultades para asumir su propia autonomía seglar; se cobijaban en la dependencia de los miembros clérigos de la orden; y les costaba aprender a ejercitar su independencia, tomar el liderazgo y la responsabilidad en su propio terreno.

A lo mejor nos conviene hacer aquí algún inciso: primero, existe un cierto pluralismo de experiencia de vida en nuestros grupos, y es bueno que se respete. Segundo, debemos ser delicados en preservar y alimentar el carácter laico de nuestra Familia, en sus estructuras, su espiritualidad, sus actividades. Tercero, es preciso reconocer que, al presentar a nuestros grupos una visión más amplia, estamos invitándoles a crecer como individuos y como conjunto, lo cual supone cambio. La diversidad de los grupos es un verdadero regalo, pero también pueden darse diferencias en el modo de entender el objetivo y la función.



Los miembros de grupos que se han formado principalmente sobre las bases de una pertenencia interna, quizá necesiten una llamada a abrirse a nuevos horizontes apostólicos, a profundizar en la idea de misión; los grupos que se sustentan en la acción y la colaboración en nuestra labor, quizá requieran ayuda para avanzar en aspectos de vida interior. Cualquiera que sea el estilo característico y el empuje particular de cada uno de ellos, todos están convocados a la conversión de corazón y lo que implica. Lo cual exige un acompañamiento llevado con sensibilidad y prudencia.

El padre John Vaughan, Superior general de los franciscanos, habló de las Terceras Órdenes en el Sínodo de 1987, señalando que a través de ellas, los seglares han prolongado y extendido a la Iglesia y al mundo el carisma de su familia religiosa, por medio de una forma de espiritualidad y compromiso secular. La estructura de esas órdenes ha permitido que el carisma del fundador se haya preservado por la asociación con la familia religiosa que les ofrece dirección y asistencia. El padre Vaughan puntualiza la centralidad del carisma, el carácter secular de los grupos, y la atención al liderazgo dentro de ellos; recuerda igualmente que los miembros viven y trabajan en comunión con sus pastores: el grupo no rivaliza con la parroquia, ni lleva una vida independiente; se compromete a edificar la Iglesia local.

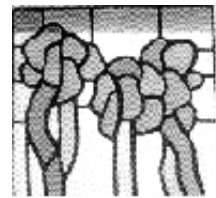
Como hemos visto antes, en las miras de los fundadores maristas se incluía una rama secular, cuya primera realización fue la Tercera Orden de María. El padre Frank McKay, anterior animador internacional del movimiento seglar de los padres maristas, lo describía como un proyecto muy querido del padre Jean-Claude Colin, apostillando que éste era más poeta que filósofo y, así como tenía la visión del movimiento, no dejó en cambio ningún plan detallado para darle forma. El padre Pierre-Julien Eymard, que tomó las riendas del grupo durante los primeros años de la Sociedad, imaginaba a los miembros de la Tercera Orden como laicos con un estilo de vida religiosa en el mundo, lo cual no era propiamente la primera idea de Colin.

Admitiendo la validez de ese modelo, los padres maristas intentan actualmente recobrar más genuinamente la visión del padre Colin, añadiendo al movimiento nuevos grupos de diferentes tipos. Es de advertir cómo, tanto el lenguaje como la intuición de Colin, se acercan a las posiciones de la «nueva evangelización» de la Iglesia de hoy.

También podríamos mirar a los grupos seculares asociados a otras congregaciones que tienen mucho en común con nosotros. Los Hermanos de la Salle hablan de la «experiencia lasaliana», de la que son depositarios y «memoria fiel» los hermanos. Partiendo de ahí, es misión importante definir y presentar a los miembros de la Familia Lasaliana los rasgos de la experiencia: su inspiración evangélica, el espíritu de fe y de celo, y otros aspectos de su espiritualidad. Los hermanos acompañan a los seculares de la Familia en su andadura espiritual, reservando un lugar para ello en las comunidades educativas.

Un elemento interesante del proyecto de Familia de los Hermanos de la Salle es el tratamiento que tienen de la diversidad de los grupos asociados a ellos. Hay muchos grupos, cada uno con sus propios valores, pero no todos a un mismo nivel de desarrollo. Entonces se señalan determinados criterios que pueden ser invocados para determinar qué grupos reflejan la auténtica «experiencia lasaliana» y cuáles no. Esto se hace con prudencia, nunca con precisión obsesiva, sino de una manera delicada y sensible a las circunstancias del grupo, siempre con una cierta inclinación a la admisión, más que a la exclusión. Es una muestra de buen sentido, que manifiesta disposición a respetar los valores inherentes de cada agrupación y anima a los hermanos a esperar, a confiar y a trabajar para que los grupos avancen. Mientras tanto, la fidelidad a la «experiencia lasaliana» sigue siendo el gran punto de referencia.

Estoy seguro de que podemos aprovechar aspectos de los hermanos de la Salle para nuestro proyecto. La Familia Marista existe ya, bien sea en personas que trabajan activamente con los hermanos en la educación, o bien en grupos de oración, frecuentemente en actividades que complementan nuestro trabajo, tenemos las asociaciones de antiguos alumnos y de padres... Luego están esos dos sectores que tienen un lugar especial en nuestros corazones y en nuestra misión: los padres y familiares de los hermanos, y los miembros afiliados al Instituto. Ahora el Movimiento Champagnat abre nuevas posibilidades. Tenemos que ser delicados con las cuestiones formales del Movimiento, que son una novedad. No desaniméis a los grupos que aún no estén en disposición de asumir sus estructuras, por mínimas que sean. Las Constituciones se refieren a la vida marista como un camino que hay que andar. Parece lógico que consideremos lo mismo de la Familia Marista. Entiendo que el Movimiento Champagnat puede ser una etapa del camino que muchos de nuestros grupos no han alcanzado todavía, y que incluso alguno de ellos quizá nunca vaya a alcanzar. El Espíritu es creador y trabaja de múltiples maneras; el Movimiento Champagnat es una de ellas, pero no es la única, ni siquiera en la Familia Marista.



Soy también consciente de que el Movimiento Champagnat acogerá a personas de diversas culturas, cada una con sus propios valores y cada una condicionada por la historia y las costumbres. En un país habrá miembros de la Familia que prefieren estructuras inequívocas y una configuración formal. En otro país se inclinarán por la flexibilidad. Todas esas circunstancias van a requerir prudencia y creatividad. Se precisa buen juicio y un talante de apertura que permita posibilidades sin lesionar la autenticidad de los grupos en calidad de miembros del Movimiento.

Muchos de vosotros conocéis bien a los padres y hermanos marianistas, y a las hermanas marianistas. Su propia existencia es un testimonio vivo de la fuerza y el dinamismo de los grupos seculares, ya que comenzaron siendo un movimiento secular en Francia, allá por el año 1800. Uno de los iniciales grupos laicales derivó hasta convertirse en congregación religiosa, y gradualmente llegó a dominar a todo el movimiento. Luego se encaminaron hacia el campo de la educación, y hace sólo breves años que han vuelto los pasos hacia la formación de las personas seculares, que era su carisma original.

No cabe duda de que esta trayectoria ha tenido su influencia en el impulso y orientación de las Fraternidades Marianistas, porque prestan una atención particular a la conservación de la secularidad distintiva del movimiento. En todo esto es muy importante la figura de María, por su condición de sencilla persona seglar llamada a responder al deseo de Dios, copartícipe en la tarea de la salvación de los hombres y de las mujeres.

Cada uno de los numerosos movimientos laicales y de órdenes seculares tiene un carácter y un espíritu derivado de la familia religiosa en tomo a la cual se ha congregado, modelado por sus fines y por su particular experiencia de vida. A este respecto me gustaría ahora mencionar algunos aspectos de nuestro Movimiento Champagnat.

ESPÍRITU Y VIDA DEL MOVIMIENTO CHAMPAGNAT

No vamos a repetir lo que ya está escrito en el *Proyecto de Vida* que se ha publicado para el Movimiento. Pero creo que puede ser valioso decir unas palabras sobre Carisma, Espiritualidad, Misión y Comunión, para entender mejor el fundamento del Movimiento Champagnat.

Carisma

Este término procede del léxico griego, y significa «don gratuito». San Pablo lo incorporó a su lenguaje dándole el sentido de regalo, gracia que viene de Dios. Pablo VI, en su hermosa carta dirigida a los Religiosos en 1971, hablaba de «carisma» respecto a una gracia especial otorgada a los fundadores y fundadoras de los Institutos Religiosos, una experiencia particular de la acción del Espíritu Santo en sus vidas. Por tanto, cuando nos referimos al carisma de Marcelino Champagnat expresamos ese influjo del Espíritu en él, esa gracia que es la fuente de su espiritualidad y de su celo apostólico, de donde dimana el carácter distintivo de nuestra comunidad religiosa, los Hermanitos de María.



La regla suprema de la vida religiosa, y desde luego de toda vida cristiana, es el seguimiento de Cristo según las enseñanzas del evangelio (*Evangelica testificatio, 12*) y en eso confluyen todos los fundadores. Pero la autenticidad de cada carisma aporta elementos originales y una iniciativa propia en la traducción de la vida espiritual de la Iglesia. Contemplando el testimonio y la labor de esos hombres y esas mujeres fundadores, encontramos intuiciones peculiares en la vivencia de los valores evangélicos. Observamos también diferentes tipos de apostolado en respuesta a la diversidad de necesidades que surgen con el transcurso de los tiempos, a lo largo y ancho de los diversos lugares. Todo forma parte del carisma, verdadero regalo del Espíritu Santo a la Iglesia y al mundo. En el caso de Marcelino, un ejemplo muy claro de esto lo tenemos en su conciencia gozosa de sentirse amado por Jesús y María.

La Iglesia nos enseña que el carisma de los fundadores se transmite a los discípulos, y a ellos les toca vivirlo, salvaguardarlo, profundizar en él, y compartirlo (*Mutuae relationes, 11*). Por consiguiente, hermanos, partícipes como somos de ese don del Espíritu, nos corresponde personalmente la alegría y la responsabilidad de ser fieles a nuestro carisma, hacerlo crecer, vivirlo con otros. Es algo que debemos al Instituto, a la Iglesia, y a los destinatarios de nuestra misión.

En los momentos actuales vemos con nitidez que hay personas seglares que desean compartir más plenamente nuestro espíritu, el dinamismo de nuestra vida; en otras palabras: el carisma de san Marcelino Champagnat. Así lo reconoce la Iglesia, y ofrece la posibilidad de que las congregaciones religiosas dispongan de este tipo de asociaciones, puntualizando que la característica fundamental debe ser la fidelidad al carisma del fundador plasmado en su Instituto, el cual —a su vez— ostenta el derecho y el deber de garantizar la autenticidad del carisma.

Por tanto, como decía en mi carta de presentación del Movimiento Champagnat, es una bendición y un gozo para los hermanos ver crecer el carisma de nuestro fundador en los corazones de la gente, haciendo brotar nuevas fuentes de vida. Es una bendición y un gozo para todos, Hermanos y seglares, el poder compartir una riqueza común y vivir juntos una emocionante aventura espiritual y apostólica. Es una bendición y un gozo, sobre todo para la juventud, futuro de la sociedad y de la Iglesia, poder encontrar en el Movimiento Champagnat una ayuda para su crecimiento humano y espiritual. Casualmente he conocido a algunos jóvenes miembros del Movimiento y he quedado impresionado ante su dinamismo y un demostrado conocimiento y estima de san Marcelino.

A nosotros nos toca favorecer ese desarrollo del carisma haciendo que sea vivo y transparente en nuestras propias vidas, siendo fieles a ese regalo de la gracia. Somos llamados también a identificarnos con los rasgos que lo caracterizan: por ejemplo, el amor a María madre y modelo, el celo y la compasión, la sencillez, el espíritu de familia, el entusiasmo en el trabajo, amor a los pobres, una respuesta activa a las necesidades de los desfavorecidos, y la preocupación por los jóvenes. Por supuesto, un carisma es siempre más grande que la suma de sus partes, y nunca podríamos recogerlo en un solo listado de características: el carisma está vivo en los hermanos; ellos son —como dicen los de la Salle— su «memoria y testimonio fiel».

Espiritualidad

El Movimiento Champagnat no es, en absoluto, una manera de vivir la vida religiosa marista «en el mundo»: es una forma de vivir la vida de seglar en el mundo. Uno de los problemas que afectan a la integración de ministerios laicales en la Iglesia es la tendencia que se da en algunos sitios a clericalizar al laicado, como si los líderes seglares de las comunidades fuesen «religiosos en el mundo». En el Movimiento Champagnat alentamos a los miembros a que vivan su bautismo en plenitud como pueblo laical.



La espiritualidad se refiere a nuestra relación con Dios, y a la influencia que de ahí se deriva en el marco de las relaciones básicas: con nosotros mismos, con los demás, con la creación. Hay ciertos principios fundamentales en la espiritualidad cristiana: que nuestra relación con Dios nace de su iniciativa, es él quien nos invita; que Dios está íntimamente presente en nosotros por la acción del Espíritu del Señor Resucitado; que él se nos hace presente seamos como seamos; que nuestra unión con Dios es un proceso que se desarrolla, o como solemos decir ahora, un camino. Tanto si somos seglares como si somos religiosos, es importante que nos demos cuenta de esa gran realidad: Dios se nos hace presente tal como somos; se hace presente en mí tal como soy, en el exacto contexto de este momento de mi vida como religioso consagrado; se hace presente a un seglar en la concreta situación de su vida. Este es un principio de primera magnitud: hay que reconocer la presencia en la experiencia de cada día y no sólo en los momentos de «alta espiritualidad». Y hay que animar a la gente para que lo vea así. Sabéis muy bien todo lo que os he insistido para que centréis la *Revisión de la Jornada* en ese sentido. El reconocimiento de la presencia de Dios en el fluir ordinario de nuestra vida tiene un valor inestimable, es parte sustancial de una verdadera espiritualidad.

Para un seglar, espiritualidad se asimila a profundización en la experiencia de la relación con Dios a través de su historia personal, desde el matrimonio y la familia, por la comunicación con los demás, la amistad, el trabajo, el ocio, las preocupaciones diarias, las realidades sociales en las que viven inmersos (*Lumen gentium*, 34). Para muchos, quizá la experiencia vaya por los derroteros de encontrar a Dios y responder a su llamada en un mundo fragmentado y hasta caótico, donde las presiones ambientales no conceden oportunidades para la reflexión como tenemos nosotros. Basta que pensemos en las madres de familia jóvenes, por ejemplo. Por ello es del todo punto importante que en situaciones así se integre vida y

oración siguiendo el devenir de las cosas, tanto en los malos ratos que se pasan, como en momentos de tranquilidad y aceptación; bien sea en la experiencia de ruptura familiar o cuando los vientos soplan bonancibles; en los momentos de gratitud, de duda, de pena, de perdón, de esperanza... De esa manera, las personas seglares van construyendo lo que alguno ha llamado la espiritualidad de lo corriente y ordinario. Todos necesitamos un poco de esto, como nos señalaba el trapense contemplativo Thomas Merton:

«Con frecuencia, la inercia y la repugnancia que caracterizan a la llamada “vida espiritual” de muchos cristianos podrían curarse por medio de un sencillo respeto hacia las realidades concretas de cada día: la naturaleza, el cuerpo, el trabajo, los amigos, el entorno. Un falso hipernaturalismo que imagina que lo sobrenatural es una especie de reino platónico de las esencias apartado del mundo de la naturaleza, no ofrece apoyo válido para una auténtica vida de meditación y oración.»

Hace poco tuve en Roma la gran fortuna de conocer a Patricia Jones, una señorita de Liverpool, Inglaterra, que trabaja a plena dedicación para la archidiócesis. En 1987 participó como seglar en el Sínodo sobre el Laicado. Tiene mucha amistad con los hermanos desde que la Provincia de Melbourne la invitó a formar parte del grupo de visitantes internacionales que asistieron al Festival Nacional de la Juventud 1990, que, por cierto, fue un éxito completo. Bien, pues en el Sínodo ella tuvo una intervención y dijo entre otras cosas:

«Nuestra vida es el lugar donde lo sagrado y lo secular se unen inseparablemente, el lugar de nuestra labor por el Reino de Dios. Quiero pedir una palabra de afirmación en favor de las innumerables formas cotidianas y sencillas con las que muestran los seglares sus afanes por vivir la fe en el mundo. Ese esfuerzo con sus fallos y sus frutos es la auténtica vida de la Iglesia, y llena de esperanza el mundo.»

El documento que vino tras el Sínodo, *Christifideles laici*, asumió esa afirmación que pedía Patricia Jones, con bellas palabras:

«Los ojos de la fe contemplan una escena maravillosa: la de un número incontable de laicos, tanto mujeres como hombres, que trabajan con afán en su vida y en su acción diaria, a menudo lejos de la vista y de las aclamaciones del mundo, como seres desconocidos de los grandes personajes de este mundo, pero sin embargo mirados con cariño por el Padre, braceros incansables de la viña del Señor. Con firmeza y confianza en el poder de la gracia de Dios, éstos son los humildes —y a la vez grandes— constructores del reinado de Dios en la tierra» (*Christifideles laici*, 17).

Qué bien describen estas palabras a muchas personas extraordinarias que conocemos, incluyendo para la mayoría de nosotros, a nuestros propios padres.

Esa espiritualidad de la vida diaria se ve enriquecida por los aportes y rasgos que nos vienen del carisma de Champagnat: ver el amor que Dios nos tiene a través de las experiencias de la vida, sinceridad y sencillez que impregnan de autenticidad nuestras relaciones, vivir en espíritu de familia, sentir a María como madre y modelo, mostrar entusiasmo en el trabajo, y preocupación por las necesidades de los demás, sobre todo de los jóvenes.



El padre Ed. Keel, SM, sugiere que nuestra doctrina y espiritualidad mariana debería profundizar más en el hecho de que María era una mujer seglar, casada, y madre de familia. Que se comprometía en el servicio amoroso a los demás, aunque fuera con un coste personal (Visitación, Caná). Estuvo presente de manera significativa cuando la Iglesia se aprestaba para la misión por el mundo (Pentecostés); manifestó fe y esperanza a pesar de una situación política opresiva (*Magnificat*). Es María, la mujer seglar —y no Pedro, el clérigo— la que integra en sí el perfecto seguimiento de Jesús y el arquetipo total de la Iglesia. Sin olvidarnos tampoco de la vida de familia en Nazaret, los años de amor, esperanza compartida, alegrías y penas, el trabajo de cada día... nuestros miembros seglares conocen todo eso muy bien.

El desarrollo de una espiritualidad marista secular exige reflexión y formación. Hay que recordar que, en cierto sentido, estamos en una fase embrionaria, y que aún nos queda mucho por explotar y aprender. Obviamente esto constituye un reto para nosotros, pero el trabajo esencial les corresponde a los propios miembros seculares. Nosotros aportamos nuestro espíritu, compartimos nuestro amor a María y a Champagnat, ofrecemos nuestras preocupaciones apostólicas. Los miembros seculares traen su espiritualidad, su historia, sus vivencias y el deseo de participar en el carisma. Quiero hacer hincapié en la importancia de ese tener parte unos de los otros, de aprender mutuamente; es una experiencia muy enriquecedora. A veces a los hermanos nos cuesta un poco, quizá por la costumbre de actuar como maestros y profesores. Ya he dicho en varias ocasiones que tenemos mucho que recibir de los seculares en el terreno de la espiritualidad. Recientemente, un sacerdote que se dedica a dirigir cursillos y retiros para adultos de toda clase y condición admitía: «Entre los laicos existe una riqueza espiritual vasta pero inexplorada. La mayoría ni siquiera son conscientes de ello, porque nunca les han animado a descubrir el tesoro que llevan dentro: al contrario, se les ha inducido a creer más en su impiedad que en su capacidad para la santidad.»

Las situaciones variarán considerablemente, y las personas recorrerán el camino a diferente paso. Por tanto se requiere cierta sensibilidad y buen juicio para estimar los plazos y la naturaleza de la formación espiritual que se puede exigir. Los que trabajan con grupos adultos conocen la importancia que tiene el saber responder a las verdaderas necesidades del grupo, de forma que lo que hacemos satisfaga un deseo existente y suscite las ansias de profundizar más todavía.

Misión

Es probable que algunos de nuestros miembros seculares requieran de alguna ayuda para llegar a apreciar su carácter misionero. Aún queda mucha gente que entiende su vocación en su sentido más bien personalista e individual. No es de extrañar, ya que en el pasado han surgido numerosos movimientos en la Iglesia con ese tipo de espiritualidad. Por lo tanto encontraremos personas inclinadas a valorar más la propia salvación que el impulso de misión, cosa esta última que considerarían reservada a los sacerdotes y religiosos, y quizá también a una elite del laicado. Nuestros esfuerzos para ampliar ese campo de visión pueden llevarles no sólo a adquirir una nueva conciencia de la dignidad de su llamada, sino también a un reconocimiento más claro de la verdadera dimensión «misionera» de sus vidas, con la posibilidad de articular tal experiencia.



Es posible, igualmente, que a la vista del origen de muchos de los grupos informales que vienen funcionando ya, nosotros mismos nos hayamos quedado con una idea estrecha de la misión y el ministerio del Movimiento Champagnat. Me estoy refiriendo a los seculares que han sido atraídos por los hermanos para colaborar con ellos en determinadas formas de servicio: por ejemplo, profesores a los que se les han encomendado tareas específicas de enfoque educativo, padres que llevan diversos proyectos relacionados con el colegio; algunos, quizá, comprometidos en un servicio de oración por nosotros y nuestra labor... Todo tiene su valor y hay que impulsarlo. No obstante, nuestro concepto de la misión y el servicio dentro del Movimiento tiene que ser más amplio y fundamental que eso.

Para todos los cristianos, religiosos y seculares, y para toda la Iglesia, hay solamente una misión, la misión de Jesucristo: cumplir la voluntad del Padre, esto es, la unión de Dios y la humanidad, y la unión entre todos los hombres y mujeres. Nuestros miembros seculares comparten esa misión sin diferencia de grado. El Espíritu Santo enriquece a la Iglesia con una variedad de dones, otorgados para una pluralidad de servicios. La vida religiosa es un don concedido a algunos en la Iglesia; el matrimonio es otro, y el celibato secular lo es igualmente. Estos dones y estos cometidos diversos en la Iglesia tienen un valor de complementariedad: la vida de los laicos, por ejemplo, ofrece oportunidad de servicio que no tienen los

religiosos. Por eso el Movimiento Champagnat apoya y anima a los seglares en su propia manera distintiva de servir a los demás, y no sólo en forma relacionada con el apostolado específico marista.

De hecho podría darse algún desaliento, antes de optar por asociarse al Movimiento, precisamente por eso, por haber entendido mal el carácter apostólico del grupo. Para la gran mayoría de la gente, el apostolado comienza en el matrimonio y la familia, y así debe ser con los miembros del Movimiento Champagnat. Los seglares manifiestan la presencia de la Iglesia en el mundo ocupando su lugar en la sociedad, dando testimonio de vida cristiana, asumiendo valores cristianos en los diálogos de cada día y buscando el bien colectivo e individual mediante la participación en el contexto público de la ciudadanía. Ésas son las áreas que vemos como primer campo de acción apostólica para nuestros miembros seglares. Como decía el cardenal Hume la víspera del Sínodo de 1987, parafraseando las ideas de la *Lumen gentium*, 33-35:

«Es muy importante que la gente se convenza de que la vocación y el papel del laicado se ha de encontrar principalmente en el desempeño consciente de las responsabilidades familiares, y en la conducta de la vida diaria en el trabajo y en la sociedad.»

Tomando la palabra en una conferencia especial organizada por el Consejo del Laicado, Dolores Leckey, probablemente la mujer seglar católica más conocida en el mundo entero, decía lo siguiente: «Dado que la familia es una auténtica expresión de la Iglesia, se puede suponer que existe un ministerio de fe en el hogar. La oración, escuchar y aconsejar, la instrucción, el respeto, las obras de misericordia, el reconocimiento de las cualidades de los demás, el apoyo de unos a otros, la atención a alguna necesidad humana conocida... todas las actividades cristianas ordinarias dan a la casa un tono de verdadera Iglesia doméstica.» ¡ Qué cierto es!

Sucedará que algunos miembros, o incluso grupos, quieren tomar parte más activamente en la labor de los hermanos, para compartir algo de nuestro apostolado directo. A lo mejor os acordáis de aquella carta que recibí de un grupo de Animadores maristas de las Provincias de España: allí se hablaba con fuerza del deseo de participar en nuestra tarea de formación cristiana. Están los grupos de profesores maristas seglares, que ocupan un lugar específico en nuestro trabajo apostólico. Otros han ofrecido un periodo de su vida para colaborar con los hermanos en zonas de misión. Una de mis más profundas esperanzas en este momento es precisamente ésa: que el compromiso de seglares voluntarios para acudir a nuestras «misiones» se desarrolle y florezca en el futuro, porque hay tanta necesidad por todas partes... (*Lc 10,2*). Existen muchas maneras de compartir el apostolado, e irán surgiendo más. Pero no hay que olvidarlo: ese estilo de entrega apostólica no es condición esencial para participar en el Movimiento Champagnat. Lo que se espera de los miembros es que la asociación al Movimiento estimule en ellos la conciencia de la dimensión apostólica que brota de su vida ordinaria y les ayude a profundizar en la caridad y la solidaridad. Y por tanto, hay un papel peculiar para los miembros de edad o que padecen enfermedad: construir el Reino con el sufrimiento y la oración.



La opción preferencial por los pobres es un rasgo de nuestro carisma que debe subrayarse en la espiritualidad y la orientación apostólica del Movimiento Champagnat. Como afirman nuestras Constituciones, el amor a los pobres es un criterio de autenticidad marista; amándoles a ellos demostramos fidelidad a Cristo y a nuestro fundador (*C 34*). Confiamos en que, por medio del Movimiento, los miembros avancen en solidaridad con los necesitados y descubran nuevas posibilidades para servir a los desfavorecidos: de esa manera estarán en sintonía para percibir las llamadas que hace la Iglesia a los cristianos de hoy.

Estoy convencido de que una de las principales razones de por qué tanta gente se siente atraída hacia

la persona de Marcelino Champagnat estriba en que era un hombre de misión, un hombre de celo, un hombre de acción, un hombre que vio necesidades humanas y espirituales en torno suyo y se aprestó a darles respuesta sin regatear esfuerzos.

Recientemente el papa Juan Pablo II ha emitido un mensaje urgente, instándonos a renovarnos en el sentido de misión, a abrir nuestros corazones al Espíritu Santo, a convertimos en transmisores de la Buena Noticia de Cristo (*Redemptoris missio*).

Hablaba el Papa de la importancia de la proclamación, pero también insistía en que la primera forma de evangelización es el testimonio:

«El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías» (RM, 42).

Haciendo hincapié en la idea de que el testimonio brota primeramente de la propia vida del cristiano, de la familia cristiana y de la comunidad eclesial, continuaba:

«El testimonio evangélico, al que el mundo es más sensible, es el de la atención a las personas y el de la caridad para con los pobres y pequeños, con los que sufren. La gratuidad de esta actitud y de estas acciones, que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el Evangelio. Incluso el trabajar por la paz, la justicia, los derechos del hombre, la promoción humana, es un testimonio del Evangelio, si es un signo de atención a las personas y está ordenado al desarrollo integral del hombre» (RM, 42).

Comunión

En el núcleo del Movimiento Champagnat está la unión de los hermanos y los miembros seculares, nuestra comunión en Cristo, viviendo «con vínculos de amor y de unidad»... «que sean todos uno, Padre, como tú y yo somos uno, para que el mundo crea que tú me has enviado» (*Jn 17,21*). No nos reunimos porque seamos buenos amigos y una excelente compañía mutua; hay algo más profundo: somos cristianos juntos, que compartimos la vida en el Espíritu, y un particular don que hemos heredado, el carisma de san Marcelino.



La comunión, que es el elemento básico de la experiencia cristiana y marista, genera participación; de la participación surge el apoyo y la animación, y así vamos haciendo camino al andar. El Movimiento asegura tiempos para la reunión del grupo, y esos son momentos excelentes para afianzar la identidad y compartir la vida. Tenemos que tener presente, igualmente, que a medida que los grupos vayan avanzando y puedan asumir mayor autonomía a nosotros nos corresponde la responsabilidad de brindarles una presencia fraterna para ayudarles a encarnar el carisma que nosotros custodiamos.

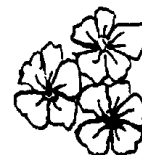
Ya he dicho anteriormente, al hablar de compartir espíritu y vida, que ésta era una dinámica que nos enriquecía mutuamente. El dar y el recibir son recíprocos. Nos beneficiamos tanto los hermanos como los miembros seculares. Muchos entre nosotros han vivido esa experiencia.

Siempre hemos otorgado un gran valor al talante abierto, la amistad, un rostro amable, la sencillez, la compasión, preocupación por los demás... todo lo que va implícito en nuestro espíritu de familia. Ahora tenemos que crear un espacio cordial dentro de nosotros para acoger a los miembros de la familia. Todos: jóvenes, viejos, y menos viejos; cada uno puede contribuir en su medida personal a edificar esa comunión que debe ser el alma del Movimiento Champagnat.

Habr  ocasiones en que será útil y valioso que los grupos se encuentren para compartir sus experiencias. La comunicación es buena para ir construyendo el Movimiento. Tendremos que preparar animadores en las Provincias o a escalas nacionales, y ofrecer otros servicios desde la Administración general. Aunque la mejor forma de avanzar será adaptar las estructuras a las necesidades locales.

No hace falta decir, hermanos, que el Movimiento Champagnat no tiene nada de elitista. Ya os imagináis lo que pensaría el padre Marcelino si así fuera... El Movimiento pone sus posibilidades al alcance de todo tipo de personas en el conjunto del tejido social. Surge como respuesta a las aspiraciones de los hombres y las mujeres de hoy, para enriquecer —como ya hemos venido diciendo— la espiritualidad y el sentido de misión entre los seglares. Llegar  un momento en que quizá hayamos de abrirnos a otras perspectivas eclesiales:  puede el Movimiento Champagnat adquirir un carácter ecuménico?

Conviene destacar igualmente que el Movimiento no pretende disuadir a nadie que ya se sienta satisfecho con la forma en que está vinculado a los hermanos. Habr  personas que no aspiran a más. Y hay que evitarles la menor insinuación de que pertenecen a la Familia Marista en grado menor. Por ello, debemos mostrar gran delicadeza y especial sensibilidad al poner en marcha el Movimiento Champagnat. Es fundamental que desde el principio evitemos todo sentido de elitismo, de pertenencia exclusiva, o de minoría selecta. La solución a este problema no se encuentra en ninguna fórmula; subyace en el recto criterio de cada uno, la preocupación y el respeto por todos los que nos acompañan de una manera plural.



Antes he hecho referencia a la comunión en Cristo; y los lazos que estrechan esa unión son más extensos que el Movimiento Champagnat. No estamos impulsando un gueto, sino un grupo que debe sentirse en comunión con la Iglesia. Variarán los estilos de vinculación a tono con las circunstancias, pero tiene que reinar siempre un clima de apertura y colaboración.

EL FUTURO

Hemos recibido ya el documento del *Movimiento Champagnat*, aprobado por el Consejo general. En este momento somos conscientes de que, a pesar de que los seglares han contribuido en las consultas y en la edición final del texto, una buena parte de lo que se ha escrito procede de los hermanos. Pero sabemos muy bien que el «documento definitivo» será la palabra viva que salga de los corazones de los seglares, de su fe, de su experiencia, de la vivencia del espíritu de Champagnat. El *Proyecto de Vida* en sí es sencillo, es como el primer paso de un proceso que los miembros de la Familia han de ir completando en los años venideros. Viviendo ese proyecto irán profundizando y teniendo una visión más amplia de su intuición originaria. Tengo la convicción personal de que los hermanos saldremos enriquecidos en nuestro conocimiento del carisma del fundador, a través de sus ideas y su experiencia.

Nos encontramos en un momento significativo de la historia, en el que ese redescubrimiento del papel pleno de los laicos en la comunidad no sólo va a vigorizar a la Iglesia en los esfuerzos para la «nueva evangelización», sino que la ayudarán gradualmente a ser más humilde, siguiendo los pasos de Jesús. Eso nos hará más capaces de construir una nueva sociedad humana, una sociedad levantada sobre los cimientos de lo que el papa Juan Pablo llama nueva virtud cristiana de solidaridad, con fuerza para impulsar una «civilización del amor». Ese empeño requiere corazones abiertos y generosos como Champagnat, hombres y mujeres de entusiasmo apostólico, que ardan en ansias del Reino. Como les decía yo hace poco a un grupo de hermanos Provinciales: «Ojalá seamos todos hombres de apostolado gozoso, encendidos en el amor de Dios. No es un júbilo ardiente que dependa de la disposición psicológica o de circunstancias externas; es uno de los frutos del Espíritu. Roguemos fervientemente para que se nos otorgue ese gozo y esa pasión apostólica en estos tiempos... en el centro de la vida está el amor... si ese amor es fuerte, entonces seremos hombres entusiastas, hombres de arranque, hombres que suspiran por la misión, hombres creativos y audaces en la labor.»

Quiero añadir aquí el testimonio de una madre católica, que —a buen seguro— hubiese congeniado con Marcelino a las primeras de cambio:

«Crecí durante la segunda guerra mundial en Londres, y recuerdo cómo —después de una noche de bombardeo— al día siguiente solían verse las tiendas con los escaparates dañados y tapados con tableros, pero con el cartelito colgado de «abierto». Yo creo que Cristo me está diciendo eso a mí, a nosotros, en los años 90: hay que seguir. Tenemos una fe preciosa, tenemos la Palabra hecha carne, continuemos la tarea de llevar la buena noticia a los pobres, que tanto abundan en el mundo de hoy. Eso es lo que yo me propongo hacer en estos años 90, como católica, sin pretensiones, pero en el nombre de Jesús de Nazaret, ofreciendo su esperanza y amor a un mundo que tanto lo necesita. »

Que sea ésa nuestra actitud en el momento de poner nuestros valiosos dones al servicio de la misión y el amor, por medio del *Movimiento Champagnat de la Familia Marista*.

Las circunstancias actuales nos brindan tareas y responsabilidades de nuevo signo: la animación, el acompañamiento, la formación, el diálogo. Estamos contemplando el período que va desde ahora hasta el próximo Capítulo general, que se celebrará en 1993, como un tiempo de experiencia durante el cual aprenderemos cosas que nos ayudarán a reflexionar y profundizar para seguir dando nuestra respuesta a la evangelización.



Ponemos esta labor en las manos de María. Nuestra Familia Marista se reúne en su nombre, y podemos estar seguros de que ella bendice los esfuerzos que hacemos para atraer a otros hacia nuestra vida y misión. Y aunque el proyecto de Familia que proponemos es hermoso, no siempre resultará fácil, como cualquier madre podría recordarnos desde su experiencia. Nosotros rogamos a la Buena Madre de todos que ponga este Movimiento bajo su protección, que lo cuide, y haga que nuestros miembros seculares conozcan el amor y la solicitud que ella nos ha mostrado desde los días primeros en La Valla hasta los tiempos presentes. Que sean estos esfuerzos generosos por promover el *Movimiento Champagnat*, nuestro mejor regalo para ella.

Fraternalmente vuestro, en Jesús, María, José y Marcelino,

H. Charles Howard
Superior general

Para profundizar

- Buscar una forma de profundizar los apartados del texto del Hno. Charles Howard
- ¿Qué síntesis podríamos hacer de los elementos presentados por el Hno. Charles: *carisma, espiritualidad, misión, comunión?*

Para compartir

- Como laico marista, ¿qué novedades he encontrado en el texto leído que más me han motivado?
- Analizando el proceso vivido dentro de la Fraternidad, ¿encuentro alguna clave de lectura para explicar alguna de las situaciones vividas dentro del texto?
- Una idea – fuerza que me deja el texto.
- Una inquietud de fondo que me surge después de la reflexión.

Para orar

- Oración espontánea (lo que nos surja al finalizar el encuentro)
- Pedimos a María acompañe nuestro caminar como Fraternidad:

Canto: Santa María del Camino



